

CAMBIO RAPIDO Y GRATUITO DE NEUMATICOS
Firestone
MANUEL REY
 BETANZOS: EL FERROL
 Av. de la Coruña-Tel. 499 Av. Generalísimo, 209-Tel. 313481-31100-04

DELEGACIONES:
 FERROL: Canalejas, 84 - Telf. 351476
 SANTIAGO: Doctor Teijeiro, 5 - Telf. 594809
 LUGO: Buen Jesús, 2 - Telf. 211070

VIGO: Uruguay, 17-1. - Telf. 223311
 ORENSE: Santo Domingo, 39 - Telf. 216454
 CARBALLO: Desiderio Varela, 18 - Telf. 65
 PONTEVEDRA: Andrés Muruais, 6-2 - Telf. 852296

BANDAS TRANSPORTADORAS
Firestone
VENTA-EMPALMES SINFIN-REPARACIONES-ETC.
NEUMATICOS RIERA
 LA CORUÑA: AMON DE LA SAGRA, 11 - TELFONO 232036
 PERILLO: CARRETERA DE MADRID, KM. 600 - TELEF. 23 67 40 - EXT. 461

UNA SEMANA EN JUNIO

FRANCISCO DURAN-REYNALS

Por VICTORIA ARMESTO

— 11 —

FRANCISCO DURAN-REYNALS tenía la misma edad del siglo. Había nacido en el año 1900 en Barcelona y en el seno de una familia muy ilustre. Su abuelo había sido rector magnífico de la Universidad. Su bisabuelo era una notabilidad médica. Clando Fernando VII estaba a punto de morir en 1836, convencidos tanto él como cuantos le rodeaban de que su fallecimiento traería el caos a España, los alarmados médicos de cámara apelaron al doctor Durán. Existe un grabado (que podría ser la escena dramática: el doctor Durán entra en palacio para curar al rey moribundo.

De niño Francisco Durán-Reynals siempre había hablado de hacerse ingeniero, pero un día, teniendo ya 13 años, un compañero de colegio le llevó hasta el Laboratorio Municipal de Barcelona y la vista de las reacciones y de las probetas le fascinó hasta el punto que allí mismo decidió su porvenir científico.

A los 18 años, Francisco inició su carrera en la Facultad de Medicina de Barcelona graduándose como médico a los 25 años. Entretanto había apasado también un año y medio en Marruecos haciendo el servicio militar. Durán-Reynals compaginó el estudio con el trabajo, y era todavía estudiante cuando se empleó en el mismo Laboratorio Municipal donde se había decidido su vocación. Visitaba asiduamente el laboratorio de su maestro don Ramón Turró, en la calle Sicilia.

Una vez licenciado, la «Junta de Ampliación de Estudios» pensó al joven doctor Durán-Reynals enviándolo primero al Instituto Pasteur de París y después a la Fundación Rockefeller de Nueva York.

A pesar de sus estancias en el extranjero, Francisco Durán-Reynals seguía ligado al Laboratorio Municipal y fue en dicho centro donde, en el año 1928 y a la edad de 28, realizó el descubrimiento que inmortalizó su nombre: es el llamado por

los anglosajones «Reynals Factor» y que, entre nosotros, se conoce como «factor de difusión», de gran importancia bacteriológica y terapéutica.

El descubrimiento del agente de difusión que Durán-Reynals identificó como «Hyaluridinasa», se hallaba relacionado con los trabajos iniciados por Besredka, su maestro en el Instituto Pasteur.

Besredka se había detenido en la inmunidad celular y desde este punto partió en sus nuevas investigaciones el joven catalán.

Ya en la juventud Francisco Durán-Reynals inició sus trabajos de investigación acerca de los virus y el cáncer. Su primer ensayo a los 19 años «Anfílexia y gestación» guarda según dicen los técnicos relación con el último (Durán-Reynals escribió más de 100 trabajos) que versaba sobre la acción de las hormonas femeninas como factor de resistencia a las infecciones víricas y cancerosas.

Francisco Durán-Reynals nos recibió amablemente. Su mujer, María Luisa, me abrazó cordialmente, como a una amiga de la infancia.

El doctor era un hombre grande, muy bien parecido, con un pelo largo y gris propio de sabio, y unos ojos extraordinariamente penetrantes e inquisitivos. Creo recordar que fumaba cigarrillos con intensidad. El doctor hablaba con un fuerte acento catalán y el acento nativo se le transparentaba incluso cuando se expresaba en inglés. También su genio burlesco era propio de los intelectuales catalanes. A mí me recordó mucho su estilo el del famoso periodista Eugenio Zamora, que solía visitarlos con bastante frecuencia en Nueva York.

Para un catalán como Durán-Reynals vivir lejos de Cataluña constituía sin duda una especie de martirio, y así uno de sus colaboradores escribía después de su muerte: «Recordamos muy bien la tremen-

da lucha interior que sostuvo antes de decidir su destino».

En realidad, aun después de que en la «Rockefeller Foundation» querían retenerle, el doctor Durán-Reynals sólo anhelaba quedarse en Barcelona y seguir investigando en el Laboratorio Municipal.

Así en el año 1936 su amigo el filántropo José María Roviralta (era un hombre muy rico, hubo un tiempo en que la uralita en España se conocía como «Uralita-Roviralta») le propuso ser el director de un instituto que se proponía fundar para la investigación científica. Esta proposición fue aceptada por Durán-Reynals pero el proyecto se vino abajo con la guerra civil.

Nuestra guerra dispuso las dudas del doctor Durán-Reynals, quien finalmente, y ya en el año 1938, entró como investigador en Microbiología en la Universidad de Yale.

Su vida era tan laboriosa como rutinaria. Rara vez se tomaba vacaciones: nunca se aprovechó del «año sabático». Todas las mañanas a las nueve María Luisa le llevaba en su coche hasta el «Bradley Memorial Laboratory», sito en el número 33 de Cedar Street, donde el doctor trabajaba hasta las cinco de la tarde, hora en que su mujer le recogía de nuevo, si bien y ya en el último periodo de su vida común, María Luisa —liberada de las cargas maternales y domésticas que durante años la retuvieron en casa— trabajaba a su lado como ayudante.

Las investigaciones del famoso médico catalán estaban financiadas por la «American Cancer Society», la «Jane Coffin Childs Memorial Fund», el «National Cancer Institute» y la «National Institution of Arthritis and Metabolic Diseases». Durán-Reynals tenía a su disposición todos los medios necesarios para llevar a cabo sus investigaciones, pero su existencia personal, aunque confortable, era relativamente modesta. Tenían una casa grande, pero de mobiliario algo destaralado. En las paredes del estudio había unos mapas de Cataluña y Galicia y bastantes libros y papeles en un cierto desorden. Carecían de toda ayuda doméstica y la ausencia de un servicio personal se suplía con mucho buen humor y con una cierta despreocupación hacia el material. Recuerdo que aquella noche cenamos unos macarrones con tomate extraídos de sardas latas.

Aquel mismo año 1952 Francisco Durán-Reynals llegaría a la máxima categoría universitaria, sería nombrado catedrático de lecciones magistrales y director de investigaciones. Ya en el último Congreso al que asistió en 1957 su teoría sobre el cáncer se impone y el famoso virólogo de la Universidad de California, el doctor Stanley, Premio Nobel de Química 1946, le rinde públicamente. Se hablaba del doctor Durán-Reynals como de un futuro Premio Nobel, pero la muerte se adelantó a los señores de Estocolmo.

Durán-Reynals fue víctima de la cruel enfermedad a cuyo estudio había dedicado la mayor parte de su vida. Aquel mismo año 1957 le operaron de un cáncer de vientre. El resultado de la operación hizo concebir grandes esperanzas, pero a los pocos meses los virus malignos se reproducían en su cerebro y, tras largos meses de agonia, falleció en New Haven el día 28 de marzo de 1958, a los 58 años de edad.

Nacido con el siglo, aquel año en

que yo le conocía Francisco Durán-Reynals tenía 52; su mujer, María Luisa, sólo tenía 43. Ahora me doy cuenta de que estaban en la plenitud vital. Sin embargo, como yo estaba entonces en ese delicado periodo de mi vida en el que uno considera «ancian» a todas las personas que tienen más de cuarenta años, tanto el profesor como su esposa me parecían muy mayores, casi viejos. También nosotros hoy se lo parecemos a los que vienen detrás.

De su primer matrimonio con el señor Maristani, de Barcelona, María Luisa tenía dos hijos, un chico y una chica. El chico estaba entonces en Barcelona, según creo con la familia paterna, pero la chica, la tercera María Luisa, trabajaba entonces en las Naciones Unidas de Nueva York. Era una joven de algo más de veinte años, rubia, fina, muy bonita. En las Naciones Unidas había conocido y se había puesto en relaciones con un joven turco y resulta que el día que nosotros los visitantes celebraban no diré que la petición de mano de la joven, pues esto en América no se estilaba y ahora creo que ya no se estilaba ni en España, pero sí el compromiso matrimonial, para lo que había venido desde Turquía la madre del novio, una señora rubia, fuerte, muy digna, pero que no podía entenderse con nadie porque sólo hablaba turco.

La señora tenía, según nos contaron, una casa en Istanbul, a las orillas del Bósforo, y aquella era su primera salida al extranjero. Se advertía por su gesto, aunque no hablara, que la sociedad americana le parecía cosa de locos y allí estaba la buena señora turca silenciosa muy erguida, ligeramente despectiva, pues de seguro que le ocurría lo mismo que a mí: no entendía los nuevos valores de la sociedad tecnológica. Su hijo, de cuando en cuando se aproximaba y le decía una palabra al oído; entonces el rostro de la señora se suavizaba y hasta sonreía.

María Luisa Maristani era una muchacha inteligente y extrovertida; en cambio, su novio era reconcentrado y serio; por lo visto era también muy celoso.

—Yo no sé si lo que va a pasar con esta pareja —decía riéndose Fran-

(Pasa a la PENULTIMA pág.)

SIGNOS DE LOS TIEMPOS

¿LA ESPERANZA MUERTA?

Por JOSE CHAO REGO

Un hombre honesto

La noticia de la muerte de Salvador Allende, presidente de Chile, estremeció al mundo. En torno a su persona había fraguado el prestigio de la honestidad, del servicio al pueblo. La llegada de Allende al poder, por vía democrática, era un mentis a los extremos que no veían otro camino para la liberación de América del Sur que la violencia.

Con la desaparición de Allende, el espíritu democrático sufre un rudo golpe en cuanto a su credibilidad. A la irritación por la tragedia, suele seguir un comentario de impotencia, que se concentra en una frase que intenta explicar lo todo: ¡era un idealista! Que es tanto como anunciar que ser idealista no conduce a nada.

Desde el punto de vista de la técnica política e incluso del pensamiento que le animaba, somos muchos los que no sabemos si hizo bien o mal, porque no estamos suficientemente iniciados a ese complejo mundo. Una gran simpatía por todos los movimientos de liberación en el Tercer Mundo, nos había hecho poner los ojos, con esperanza, en la vía chilena sin derramamiento de sangre. Algo nuevo se estaba ensayando y Salvador Allende era el nombre mítico de esta nueva experiencia, símbolo del hombre que camina con el pueblo, apoyado únicamente en la fuerza de sus votos.

Según las fuentes oficiales, el presidente Allende se suicidó. Los familiares atestiguan que fue muerto por manos ajenas. Aunque pudiera parecer que sí, la cosa no es exactamente la misma. Porque si fue muerto por sus enemigos y no quiso huir de su pueblo —como parece ser que pudo—, la lección es extraordinaria para un continente que está acostumbrado a ver a sus jefes, generalmente bien equipados, salvar su pellejo.

Si se trata de un suicidio, entonces me parece que el acento se desliza, ligeramente, de la persona, a la causa. Máxime si la decisión había sido tomada hace tiempo, en caso de que se diesen

tales circunstancias, que es lo que ha dado a entender algún amigo de Allende. Toda una vida luchando por una idea y al final, cuando parece que se está alcanzando con la mano, el hombre se encuentra ante un callejón sin salida. Se le muere la esperanza, se agotan las ganas de vivir.

Sería una muerte semejante a la de Catón el Censor, que no pudiendo sobrevivir por vergüenza a la pérdida de libertad de Roma, se privó de la vida. Y a la de tantas otras personas que, a través de la historia, hicieron del suicidio cuestión de honor. En cuyo caso, se mitifica el suicidio. Es éste el tema que quiero comentar, aunque sea a costa de desviarme del tema que da la ocasión: Allende y Chile.

El sentido de la vida

El literato francés Camus decía: «Sólo hay un problema filosófico realmente serio: el suicidio». El psicólogo suizo Jung afirma que todo suicidio se debe a una neurosis de ausencia de sentido». Quien se quita la vida voluntariamente, es porque ya no sabe qué hacer con su vida, no la soporta.

Históricamente, la postura de la opinión pública ante el suicidio fue doble: unos llegaron a exaltarle como señal de dignidad y ejercicio de la libertad, otros a denigrarlo, tachándolo de cobardía. Con el advenimiento del cristianismo, el rechazo del suicidio fue contundente.

Según las estadísticas que analiza Georg Siegmund («Ser o no ser», ed. Razón y Fe), la práctica religiosa es un factor decisivo a la hora de la tentación de suicidio. La religión actúa como freno y los miedos a la suerte de ultratumba inhiben ante la fatídica resolución. El mismo Jung dirá: «Reconozco muy racionales todas las religiones que enseñan un fin supraterráneo, por el indudable valor higiénico mental».

Creo, sin embargo, que en el creyente sincero hay todavía más. La convicción de que sobre su vida no tiene derecho de propiedad, sino que es administrador, y de ella ha de dar cuenta a su

Señor. El cristiano rechaza el suicidio como una funesta tentación, como un pecado.

A un nivel más profundo —que es el que, en definitiva, se sitúa la tentación— el creyente reconoce que su vida tiene un honda sentido delante de Dios. ¿Se trata de una evasión? No necesariamente. Es una rotunda confesión de fe en el futuro, en ese futuro absoluto que es Dios. Se trasciende el sentido finito de la propia vida, renace la esperanza.

Lo cual no quiere decir que no haya a veces factores psico-patológicos determinantes que conducen a hombres de fe a tomar esa decisión con un grado de libertad muy discutible. Hay que considerarlo más bien como una lamentable enfermedad que conduce al paciente a perder el sentido de la vida. La legislación eclesiástica habría de ser misericordiosa en la práctica, aun manteniendo firme su postura doctrinal de condena del suicidio.

Alentar la esperanza

A lo largo de la historia, estos suicidios que tienen la apariencia de ejemplares, han ido produciendo contagio. Recordemos, por ejemplo, la oleada de personas que se quemaron, hace algunos años, a lo bonzo. Por eso, la noticia del suicidio de Allende (sea real o no), puede producir una peligrosa simpatía en más de uno.

Pero el más sutil peligro está en otro modo de suicidarse: disminuir de los propios ideales, por la imposibilidad de llevarlos a cabo, de hacer algo definitivamente válido. La ola de desaliento va creciendo y son muchas las personas que, al comenzar un nuevo día, encuentran la esperanza muerta. Hay mucha gente que no le halla, o ya no le busca, sentido a su vida.

No cabe dudar que vivimos una época que se caracteriza por el inmenso cambio, la fuerte transformación que está padeciendo el hombre en todas sus dimensiones. La incertidumbre es uno de los componentes que más angustian.

(Pasa a la PENULTIMA pág.)

A PARTIR DEL 2 DE OCTUBRE

La Voz de Galicia

EN FORMATO REDUCIDO

Desde el 2 de octubre próximo, LA VOZ DE GALICIA se convertirá en periódico de formato reducido, del tipo denominado en todo el mundo «tabloides». El tamaño actual de nuestras páginas se verá reducido a la mitad.

El cambio es debido a una serie de razones técnicas y demandas muy concretas.

Antes de decidirlo, LA VOZ DE GALICIA ha realizado una investigación-encuesta en los más diversos medios de la región. Y el resultado, en una proporción superior al 90 por ciento, ha sido favorable a la transformación.

Ahora bien: en condiciones que, por nuestra parte, somos los primeros interesados en mantener. Por ejemplo, las sugerencias de que se mantengan las características propias del periódico y que su estilo y su personalidad no se diluyan.

En eso estamos. Y por conseguirlo nos esforzaremos.

Confiamos en la posibilidad de armonizar el cambio con la permanencia en cuanto sea hacedero y positivo.

Esperamos, pues, que el nuevo formato, indudablemente más cómodo, merezca la aprobación de nuestros lectores y anunciantes.

JOSUE DE CASTRO Y EL HAMBRE

PARECE pensosamente evidente que habrá habido algunos —no sé si muchos o pocos— señores que en cualquier lugar del mundo habrán pegado un cierto e inconsciente respiro de alivio con la noticia de la muerte de Josué de Castro, ese brasileño empeñado en amargarle el desayuno y el almuerzo a tantas gentes que no quieren monsergas, inquietudes, complicaciones y evocaciones de las ajenas miserias.

Pero si Josué de Castro se ha muerto, ahí queda, para insistir en la brecha apremiante de las cuestiones más graves de nuestro tiempo —detrás del hambre está todo lo demás—, el americano Robert McNamara, que el mismo día en que dejaba este mundo el autor de aquel libro impresionante y todavía actualísimo que es «Geografía del hambre», volvía a decirle a los representantes de la política económica del mundo, reunidos en Nairobi, que las cosas siguen muy mal, que hay que arbitrar cincuenta y cinco mil millones de dólares para salirle al paso a la miseria de dos terceras partes de la Humanidad, porque hay países tan pobres —y, consecuentemente, paisanos— cuya deuda asciende a ochocientos mil millones de dólares, y si no tienen con qué comer, ¿cómo van a tener con qué pagar?

Se había muerto ya Josué de Castro, pero su problemática no sólo sigue en pie, sino que avanza arrolladora, amenazadoramente, porque no bastan palabras sino que hacen falta hechos y «el nivel actual de la ayuda de los países ricos para el progreso de los países pobres representa apenas la mitad de la modesta meta de lograr que ascienda al 0,7 por ciento del producto nacional bruto de los países donantes en 1975, fijada por las Naciones Unidas para la estrategia de su Segundo Decenio para el Desarrollo».

Quiere eso decir que habrá naciones cada vez más ricas y naciones cada vez más pobres. Pero lo ricos no podrán dormir tranquilos, porque la miseria es mala consejera y nadie acaba finalmente por resignarse a ella. Es decir, que conviene temblar o hacer algo por no temblar.

Entre los muchos méritos que aureaban la personalidad de Josué de Castro, acaso ninguno tan rotundo como el de su sinceridad. Antes de él todo, en relación



con el atraso y la desigualdad económica del mundo, estaba ataviado por una semántica contemplativa y morosa. A hambre se le llamaba «subnutrición».

De Castro cogió por los cuernos al toro de la realidad y dijo que como había hecho Freud en su día, hablando del sexo en una desmitificación de su condición tabú, pese a condicionar tan totalmente toda la personalidad individual del ser humano, había que hacer con el hambre, que condiciona el comportamiento social de pueblos y colectividades.

El sociólogo brasileño aclaraba pronto conceptos que se aceptaban erróneamente como buenos. Por ejemplo, el de que el hambre es una especie de hecho natural e irreversible. En su libro famoso analiza exhaustivamente la problemática de la cuestión para decir que la penuria alimenticia de ese 85 por ciento de la población mundial que en mayor o menor escala está afectada de desnutrición, no es un fenómeno natural, sino el producto de muchas y acumuladas injusticias sociales y de una nula distribución económica.

Para combatir esta situación, Josué de Castro decía que las naciones más responsables del mundo tenían que aceptar el reto por tres caminos de actuación: la abolición de los colonialismos económicos, la reforma agraria y el desarrollo industrial.

La agricultura, sobre todo, si tenemos en cuenta que la «mercaza del límite cero del crecimiento en lo que a esta producción se refiere queda muy lejana tras aceptar la argumentación de que sólo hay cultivada una octava parte de la superficie de la Tierra con aptitud para ello. Y cuando el profesor De Castro lo decía aún no habían aparecido técnicas que duplican las posibilidades de fertilización y producción de las tierras.

En lo que más insistía era en aquello de que combatir la miseria, dado que se reitera el fallo moral que supone vivir

y convivir aceptando la injusticia del hambre de los demás, es también una medida prudente y de precaución, porque la desesperación de los subdesarrollados es terrible e imprevisible. No conviene excitar a la fiera del hambre.

Escribía a este respecto: «...ya no es posible dejar que una región se empobrezca y sufra hambre sin infectar a las demás y amenazar con la muerte al mundo entero».

La idea malthusiana, fatalista en sí, de que el crecimiento demográfico será la inevitable causa de la extinción del mundo, irritaba profundamente a Josué de Castro, que era apocalíptico en la misma medida en que era optimista, porque decía que el hombre tiene en sus manos las posibilidades de salvación, superación y alcance de un mundo mucho más tranquilo, justo y confortable que éste que se ve agitado por convulsiones y amenazas derivadas de su desequilibrio económico. Esta fe lo animaba a la insistencia. En ella se ha muerto.

«Interpreto las agitaciones y fricciones sociales de nuestro tiempo —escribía— como el signo de la nueva era, en la que se logrará el primer requisito de la estabilidad social, la victoria sobre el hambre».

Para ello todos deben responsabilizarse en la preocupación y en la actuación, porque otro gran humanista, Bertrand Russell, había dicho, con tanta razón, aquello de que «Todo hombre, cualquier hombre, puede contribuir a perfeccionar el mundo».

Ha muerto Josué de Castro, cuya doctrina esenciales se habían anticipado a otro peligro que después de su labor al frente de la F.A.O. ha hecho su brusca aparición en la problemática de nuestro tiempo, el de la «ontaminación» y la destrucción del medio ambiente por el deterioro ecológico. Afortunadamente, su vez importante, su preocupación responsable, no ha sonado inútilmente en el desierto. Quedan gentes dispuestas a mantener viva la atención a estos problemas, por muchas avestruces que perduren en la idea de un paraíso en el que todos esconden la cabeza para no ver lo que se les viene encima.

Hablar del hambre es enojoso. Pero es también perfectamente necesario.

Ya que no se trata de ser éticamente buenos, que sería lo deseable, para ser, al menos, lo necesariamente prudentes. Es una precaria solución, pero solución al fin y al cabo.

